

derles prelaturas, sino imponerles penas y sancionados. Dios, por el contrario, los honra, y así los torna más perversos.

¡No, os ruego! ¡que ninguno de nuestros fieles profiera semejantes expresiones! Sería preferible ser sepultados infinitas veces, antes que escuchara Dios tales blasfemias de labios nuestros. Los judíos le decían: *Tú que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo*; y también: *Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz* ⁸. Pero eso otro es mucho peor. Así pues, que no demos nosotros ocasión de que por causa nuestra se le llame autor del pecado, ni nos hagamos reos de castigo por semejantes blasfemias. Porque dice: *A causa de vosotros mi nombre es blasfemado entre las gentes* ⁹. Esforcémonos en que se diga todo lo contrario, llevando una vida digna de nuestra vocación y acerquémonos al bautismo para obtener la adopción de hijos.

Grande es en verdad la virtud que tiene el bautismo, pues cambia en otros a los que de él participan: no permite que el hombre sea ya hombre. Haz que los gentiles crean ser grande la virtud del Espíritu Santo y tal que cambia y transforma. ¿Por qué te esperas hasta el último aliento a la manera de un fugitivo, a la manera de un criminal, como si no debieras vivir para Dios? ¿Por qué pareces ser un hombre que tiene un Señor cruel e inhumano? ¿Qué hay más frío, qué más miserable que quienes así reciben el bautismo?

Amigo suyo te hizo Dios y te colmó de bienes para que a tu vez te portes como debe portarse un amigo. Dime, si tú hubieras colmado de injurias e infinitos oprobios a alguno, pero luego ése, cayendo tú en sus manos, te honrara y te hiciera partícipe de todos sus bienes y como recompensa de tus injurias te coronara en el círculo de sus amigos y afirmara tenerte por verdadero hijo y luego muriera de repente ¿no estimarías su muerte como un daño para ti? ¿No exclamarías preferir que él viviera para de alguna manera poder corresponderle y no parecer ingrato con tu bienhechor? En esa disposición de ánimo te encuentras respecto de los hombres; y en cambio cuando se trata de Dios ¿cuidas de morir en tal tiempo en que ya no puedes recompensar de algún modo al dador de tan grandes beneficios?

¡Acércate cuando puedes corresponderle por igual! ¿Por qué huyes? confiesa ser así la verdad, pero arguyes: Es que no puedo abstenirme de pecar. Entonces ¿Dios ha ordenado cosas imposibles? Por esos subterfugios se ha perdido todo; por aquí el mundo se encuentra corrompido, pues nadie cuida de vivir según Dios. Apoyados en eso los catecúmenos, para nada se cuidan de llevar una vida correcta; y de

los ya iluminados, unos porque recibieron el bautismo siendo aún niños, otros porque lo iban difiriendo y finalmente lo recibieron cuando estaban enfermos, pues no tenían empeño en vivir según Dios, tampoco lo tienen ahora. Y los que en plena salud recibieron el bautismo tampoco se preocupan con empeño en demostrar semejante anhelo: momentáneamente fueron fervorosos, pero luego ellos mismos apagaron la llama del fervor.

¿Es que si así procede ya no podrás negociar? ¿Es porque te separo de tu mujer? Sólo te separo de la fornicación. ¿Es que te quito el uso de los dineros? Únicamente te aparto de la avaricia y de la rapiña ¿Te obligo acaso a que todo lo des de limosna? Sólo te ordeno que des un poco de tus bienes a los necesitados. Pues dice Pablo: *Vuestra abundancia sirva para aliviar la escasez de los otros* ¹⁰. Pero... ni aun así te persuadimos. ¿Te obligamos acaso a que ayunes? Sólo reprimimos tu embriaguez y tu gula. Cortamos únicamente lo que para ti es vergonzoso: cosas que tú mismo confiesas, al igual que nosotros, que se deben huir y odiar antes de que venga la gehenna. ¿Te alejo acaso del placer y del goce? ¡Sí, por cierto! ¡Te aparto del que es torpe e indigno!

¿Qué temes, de qué tiembblas? En donde queda el martirio, en donde queda el uso de las riquezas, en donde hay moderación en los alimentos, ¿qué ocasión de pecado puede existir? Lo contrario te ordenan los que te son extraños, y sin embargo se les obedece. No exigen parte de lo que posees, sino que dicen: Debes pagar tanto. Si les alegas tu pobreza, no por eso desisten. No procede así Cristo. El dice: Ellos te dicen: Si anhelas ser esclarecido, abandona padre, madre, parientes, domésticos y preséntate en el palacio del Rey y entrégate al trabajo, a la miseria, a la esclavitud y males y aflicciones sin cuento. Cristo no procede así.

Cristo te dice: Permanece en tu casa con tu mujer y tus hijos y ordena tu vida de tal modo que vivas en paz y sin peligros. Instará: en verdad, pero ellos prometen riquezas. Sí, mas Cristo te prometo un reino y juntamente con el reino, riquezas. Pues dice: *Buscad el reino de los cielos y las demás cosas se os darán por añadidura* ¹¹. Aquél no te promete nada por adelantado; éste te hace un anticipo, pues dice: *Fui joven y ya soy anciano, y nunca vi al justo abandonado ni a su linaje mendigando el pan* ¹². Comencemos, pues; demos comienzo a la virtud; apliquémonos a ella sola, y verás cuántos bienes te vienen. ¿Acaso en las cosas mundanas te ocupas sin trabajo tú, que en las de

la virtud tan muelle te presentas? Dirás que así es la verdad: que en aquéllas te ocupas pero sin trabajo: pero en estas otras con trabajos. ¡Quita allá! ¡No es así! ¡No, en forma alguna! Si hemos de decir la verdad, aquéllas son las trabajosas y de grandes sudores; estas otras, si queremos, fácilmente se realizan.

Os ruego que no nos alejemos de los divinos misterios. No mires a sí aquel que fue iluminado antes que tú se ha tornado perverso y ha perdido la buena esperanza, para que no te vuelvas desidioso. Entre los militares vemos a unos que desempeñan flojamente la milicia y a otros que en ella sobresalen. Pero no nos fijamos en los desidiosos, sino que emulamos a los que son esclarecidos. Considera, por otra parte, cuántos hombres se han tornado ángeles después del bautismo. Teme también lo incierto del tiempo futuro. Vendrá la muerte como un ladrón nocturno; y no sólo como ladrón, sino que nos acometerá estando dormidos y nos arrebatará estando descuidados. Por tal motivo dejó Dios incierto lo futuro, para que vivamos entregados a la virtud, por lo incierto de la muerte que esperamos. Dirás que el Señor es clemente. Pero ¿hasta cuándo continuaremos repitiendo esa fría y ridícula expresión? Yo no solamente afirmo que Dios es benigno y me quedo en eso, pues más aún añadido que nadie hay más benigno que El y que maneja nuestras cosas siempre para utilidad nuestra. Pero tú mismo has visto a muchos padecer elefantías durante toda su vida¹³, a otros, ciegos desde su niñez hasta la ancianidad; a otros que cegaron más tarde; a otros que viven en pobreza; a otros, entre cadenas; a otros, condenados a las minas; a otros, que quedaron en ellas sepultados; a otros, muertos en la guerra. Todo eso ¿acaso proviene de la benignidad de Dios? ¿No habría podido El impedirlo, si lo hubiera querido? Y sin embargo, lo permitió.

Dirás ser así verdad, pero insistirás diciendo: ¿por qué algunos no son ciegos desde su infancia? ¡No te lo diré hasta que me prometas que serás iluminado y que una vez iluminado ordenarás tu vida conforme a la virtud! No hay para qué resolverte ahora esa cuestión, pues no es el discurso para deleite. Por otra parte, aun cuando te lo resuelva ahora, hallarás en seguida otra pregunta, pues la Escritura es un abismo de cuestiones. En conclusión, no sólo no os acostumbréis a andar buscando soluciones, sino en absoluto para nada buscarlas; pues de otra manera tus preguntas nunca tendrán término. Si me pongo a contestarte ésa, abriré camino a una tempestad de infinitas cuestiones. Por lo mismo mejor aprendamos a no investigar, que no a resolver

todas las cuestiones. Aun cuando las resolviéramos, no les daremos una solución definitiva. Raciocinando humanamente, veremos que la solución pertenece a la fe: es a saber, consiste en conocer que Dios todo lo hace justamente, bondadosa y útilmente; y que nosotros no podemos comprender sus motivos. Es esta la única solución, y no hay otra mejor.

Porque yo pregunto: ¿qué solución hay? No investigar lo que ya quedó resuelto. Si de esto te persuades, o sea de que la divina Providencia todo lo maneja; y que permite unas cosas por motivos que ella sabe; y lleva a cabo otras y las ordena lo mismo, quedarás libre de toda cuestión, y habrás alcanzado el fruto de esa resolución. Pero... volvamos a lo propuesto. Ya que ves a tantos otros en padecimientos y que Dios así lo permite, aprovéchate de la salud de tu cuerpo para la salud de tu alma. Preguntarás: pero ¿para qué necesito yo de trabajos y miserias, cuando puedo lograrlo todo sin trabajos mediante el bautismo tardíamente recibido? No es eso cosa clara. Porque puede suceder que no sólo no logres eso de sin trabajos y miserias, sino que incluso mueras cargado de todas tus culpas. Por lo demás, aun cuando estuviera cierto de lo que dices, en forma alguna puede soportarse. Se nos ha colocado en el campo de la batalla; están a la mano las armas de oro. Y cuando lo propio sería tomarlas y manejarlas, ¿prefieres tú ser salvo sin gloria y sin obras buenas?

Dime: si amenazara la guerra y estuviera presente el Rey y vieras que los demás se lanzan en mitad de las falanges matando y cubriendo de heridas a infinitos enemigos; y a otros bajando a singulares combates; y a otros acometiendo; y a otros saltando a los corceles; y oyeras que el Rey los alaba y que son admirados y se les recibe entre aplausos y son coronados, mientras que a otros que prefirieron evitar el padecer y así permanecieron en las últimas filas, se les trata al contrario; y vieras que terminada la guerra unos eran citados honoríficamente y colmados de dones excelentes y ensalzados, mientras que de otros ni los nombres se pronunciaban, sino que recibían como recompensa únicamente el estar sanos: ¿de cuál de ambas clases y número querrías ser tú? Aun cuando fueras de piedra y más insensible que los irracionales y más desidioso que los seres inanimados, ¿acaso no optarías millares de veces por ser del número y clase de los primeros?

Yo creo que sí; y eso os pido, eso os suplico. Aunque fuera necesario sucumbir en la lucha, ¿acaso no era preferible escoger con

entusiasmo lo primero? ¿No adviertes cuán preclaros, cuán gloriosos son los que en semejantes luchas sucumben? Y por cierto, éstos, tras de su muerte, ya no pueden ser honrados por el Rey. Pero en el combate espiritual nada de eso sucede, sino que perfectamente brillarás si vas cubierto de cicatrices. Ojalá todos nosotros podamos mostrarlas, aun cuando no haya persecuciones, en Cristo Señor nuestro, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Puede verse en Lev. II, 2 lo que era el sacrificio memorial. Nótese que el Santo en su texto añade a la oración de Cornelio el gerundio, o sea, ayunando, que no aparece en el texto de la edición griega, y es una variante.
2. No aparece clara la cuenta que el Santo propone para explicar lo de los cuatro días.
3. Ya han advertido los autores, que en el texto bíblico hay una “indicación difícil” cronológica, o mejor aún: que se trata aparentemente de dos indicaciones de tiempo distintas, con las que se quiere significar “tres días”.
4. Llamam los autores a este discurso de Pedro “el último gran discurso” suyo en los Hechos. Algunos autores de nota creen que básicamente este discurso “es una composición luchana”, que “en realidad nada tiene que ver con el tema del episodio” de Cornelio; y que sigue el esquema de otros discursos de Pedro y Pablo. Véase, vg., el Comentario Bíblico “San Jerónimo”.
5. Rom. II, 11.
6. Rom. II, 14.
7. Juan III, 2.
8. Mat. XXVII, 40.
9. Rom. II, 24.
10. II Cor. VIII, 14.
11. Mat. VI, 33.
12. Salmo XXXVI, 25.
13. Llamaban así los antiguos a una enfermedad que ponía la piel denegrida y arrugada como la del elefante.

HOMILIA XXIV

*Estaba aún Pedro pronunciando este discurso, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la predicación. Y se maravillaron los fieles procedentes de la circuncisión que habían venido con Pedro de que también sobre los gentiles se hubiera difundido la gracia del Espíritu Santo, pues los oían hablar en lenguas y glorificando al Señor.
(Hechos X, 44-46)*

ADVIERTE LA PROVIDENCIA DE DIOS: no esperó a que Pedro terminara su discurso ni a que por mandato de éste fueran bautizados, sino que, pues mostraban su mente admirablemente preparada y habían ya comenzado su instrucción y habían creído que el bautismo lleva consigo el perdón de los pecados, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Y todo lo proveía Dios para que Pedro tuviera una excelente defensa.

Y no sólo reciben el Espíritu Santo, sino que hablan en lenguas, cosa que dejó estupefactos a los fieles que habían ido con Pedro. ¿Por qué se dispone así éste negocio? Por causa de los judíos. Puesto que todo ello les resultaba odioso, todo lo hace aquí Dios. Pedro está presente como de casualidad, enseñando de este modo ser necesario que finalmente los judíos se mezclen con los gentiles y que por el bien de éstos conviene que así se haga. No te extrañes. Pues si después de esto todavía en Cesarea y en Jerusalén se levantó tan viva discusión, ¿qué hubiera sido si esto no hubiera precedido?

Por tal motivo suceden aquí las cosas de un modo singular. Mira cómo Pedro en seguida, aprovechando la oportunidad se defiende. Y que en seguida haya de defenderse de este paso, oye cómo lo refiere

el evangelista Lucas: Entonces Pedro tomó la palabra; y poniendo en su punto las cosas, dijo: *¿Puede acaso negarse el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?* Mira hacia dónde orientó el negocio y cómo anhela llevarlo a cabo. Lo que demuestra que ya de tiempo atrás era él de ese parecer.

¿Puede negarse el agua del bautismo? Palabra es ésta propia de quien casi acomete a quienes quisieran impedirlo y alegarán no ser conveniente. Como si les dijera: Ya se ha realizado todo lo que más se necesitaba, o sea el bautismo de fuego con que nosotros fuimos bautizados. *Y ordenó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo.* Tras de haberse defendido ordenó que los bautizaran, adoctrinando así a los judíos con los hechos: ¡tan odioso era aquello para ellos! Por tal motivo Pedro primeramente se justifica, aunque ya los sucesos mismos daban clamores, y después ordenó.

Luego le rogaron que permaneciera con ellos por algunos días. Con esto Pedro permanece allí, con todo derecho y confiadamente. *Y oyeron contar los Apóstoles y los hermanos que vivían en Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Y cuando Pedro subió a Jerusalén, discutían con él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué entraste en la casa de los incircuncisos y comiste con ellos?* Después del suceso, *discutían los que eran de la circuncisión, no los Apóstoles.* ¿Pero qué significa: *discutían?* Es como si dijera que no poco se escandalizaban.

Advierte qué es lo que objetan. No lo dicen: *¿Por qué les predicaste?* Sino: *¿Por qué comiste con ellos?* Pedro, por su parte, no se detiene en esa expresión sin importancia, pues de verdad que era una palabra fría, sino que entra en el gran suceso y les dice: Si ellos habían recibido el Espíritu Santo ¿por qué no les había de conceder eso? Mas ¿cómo es que no se escandalizaron cuando lo de los samaritanos, sino al contrario, ni antes ni después de que éstos fueran bautizados se escandalizaron? Y no sólo no se encolerizaron sino que además les enviaron a Pedro y a Juan a lo mismo. La diferencia está en que acá no reprenden el hecho mismo, pues sabían que había sido obra de la Gracia. Lo que dice es: *¿Por qué comiste con ellos?* Por otra parte, también había una diferencia grande, inmensa entre samaritanos y gentiles. O quizá fue disposición de la divina Providencia que Pedro fuera acusado, para que ellos quedaran enseñados; porque Pedro, no sin motivo, refirió todo lo que había sucedido.

Observa cuán lejos se halla de la ostentación y la vanagloria. Pues dice el evangelista Lucas: *Entonces Pedro comenzó a hablar y les*

exponía los acontecimientos un por uno, y decía: Me hallaba yo en la ciudad de Jope haciendo oración. No declara con qué ocasión o motivo. Y fuera de mis sentidos, tuve una visión. Descendía un objeto a manera de lienzo grande, que cogido por los cuatro cabos era descolgado desde el cielo y fue puesto delante de mí. Yo lo miraba atentamente; y vi en él cuadrúpedos de la tierra, fieras y reptiles y aves del cielo. Y oí también una voz que me decía: Pedro: levántate y mata y come. ¿Qué quiere decir con esto? Es como si les dijera: Bastaba con haber visto el lienzo para persuadirse de lo que he hecho, pero además vino aquella voz. Yo respondí: ¡Eso no, Señor! Pues jamás entró en mi boca nada profano o impuro.

¿Lo adviertes? Es como si dijera: Hice lo que estaba de mi parte, pues respondí: ¡jamás he comido eso! Esta es la respuesta a lo que ellos le acusaban: *Entraste a casa de los gentiles y comiste con ellos.* Esto no se lo dijo Pedro a Cornelio porque no era necesario. *Segunda vez me dijo la voz del cielo: Lo que Dios declaró puro, no lo llames tú impuro. Y esto se repitió por tres veces. Y todo fue retirado al cielo. Al momento se presentaron tres hombres en la casa en donde me hallaba, enviado a mí desde Cesárea.* Refiere lo que era necesario y calla lo demás; y mediante lo referido prueba haber estado bien hecho lo sucedido. Advierte cómo se justifica sin usar de su autoridad de maestro, pues sabía que con cuanta mayor modestia hablara tanto mejor los persuadiría, y acogerían lo que les dijera. Dice: *Nunca ha entrado en mi boca nada profano o inmundo.* Quedaba así establecida la defensa de todos aquellos procederes.

Y al momento se presentaron tres hombres en la casa en donde me hospedaba. Y el Espíritu Santo me dijo que fuera con ellos sin vacilar. ¿Adviertes cómo el establecimiento de la Ley depende del Espíritu Santo? Y vinieron conmigo también estos seis hermanos. ¿Quién más humilde que Pedro? También aquí echa mano del testimonio de los hermanos. Y vinieron conmigo estos seis hermanos y entramos en la casa de aquel varón. El nos refirió que había visto a un ángel que se presentó en su casa y le dijo: Envía a Jope a que llamen a un tal Simón, apellidado Pedro. El te enseñará la doctrina por la que tú seas salvo y toda tu familia. No relató lo que el ángel había dicho a Cornelio: *Tus oraciones y limosnas han subido ante Dios, como un sacrificio memorial,* para no escandalizarlos; sino únicamente refiere las palabras que nada grande contenían.

El te enseñará la doctrina por la que seas salvo tú y toda tu familia. ¿Adviertes cómo se apresura en su narración por el motivo

que ya dije? Nada dice de la mansedumbre de Cornelio. De modo que, en resumen, eviándolo el Espíritu Santo, ordenándolo Dios, llamado por un ángel, urgiéndolo y suprimiendo el ángel todas las diferencias ¿qué podía Pedro hacer? Pero nada de eso dijo, sino que lo confirma todo con lo que se siguió, que al mismo tiempo era un testimonio fehaciente.

Preguntarás: ¿por qué no bastó con eso que se siguió? Lo hizo Dios para mayor abundancia y para demostrar que semejantes comienzos no son obra del Apóstol ni propios de Pedro. Si Pedro de sí mismo hubiera ido a Cesárea y nada de lo demás hubiera acontecido, los judíos se habrían escandalizado sobremedida. Pero Pedro desde el principio se capta la benevolencia diciéndoles: *Los que recibieron el Espíritu Santo lo mismo que nosotros.* Y luego: *Cuando comenzaba yo a hablar descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como también sobre nosotros al principio.* Y no contento con esto recurre a la palabra del Señor: Entonces me acordé de la palabra que dijo Jesús: *Juan ciertamente os bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo.*

De modo que no sucedió nada nuevo, sino lo que Jesús había predicado. Dirás que no convenía ya bautizarlos, pues bautismo perfecto se había realizado con la venida sobre ellos del Espíritu Santo. Pues bien, precisamente por esto no dice Pedro: Ordené que primero fueran bautizados, sino ¿qué?: *¿Quién puede negar el agua del bautismo a éstos para que no sean bautizados?*, declarando de esta manera que él nada hizo de por sí: lo que nosotros teníamos también ellos lo recibieron. *Si pues Dios les hizo a ellos la misma dádiva que a nosotros que creímos en el Señor Jesús, ¿quién era yo para oponerme a Dios?* Para reducirlos al silencio con mayor abundancia, añade: *La misma dádiva.*

¿Adviertes cómo no permite que se considere inferiores a quienes una vez habían creído? Dios les concedió una dádiva igual que a nosotros que creímos en el Señor, de manera que por aquí los justifica y defiende. Y no dice: a vosotros, sino: *A nosotros*, suavizando así sus expresiones. Como si les dijera: ¿Por qué, pues, os indignáis, siendo así que nosotros mismos nos decimos participantes de ese don?

Habiendo oído estas cosas se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: De modo que también a los gentiles les ha dado Dios la conversión y penitencia para obtener la vida. ¿Adviertes cómo todo lo ha logrado el discurso de Pedro con referirse fielmente lo que había

acontecido? Por lo cual glorificaron a Dios, que también a los gentiles había concedido la conversión: ¡tan humillados quedaron con aquellas palabras! Y finalmente, por aquí se abrió la puerta a los gentiles. Pero si os parece repitamos lo anterior. No dice Lucas: Pedro discutía, sino *los circuncisos*; porque sabía bien Pedro lo que se le preparaba. Convenía admirarse de que los gentiles hubieran creído; pero esto a los circuncisos no los inmutó cuando lo supieron, sino que se inmutaron cuando Dios les dio a los gentiles su Espíritu, cuando Pedro les refirió la visión que tuvo diciéndoles: Dios me manifestó que no debía llamar a ningún hombre profano ni impuro. De modo que Pedro ya sabía eso de antemano. Por lo mismo preparó su discurso para demostrar que en llegando la fe ya no había distinción entre gentiles y judíos.

En consecuencia no es cosa admirable que recibieran el Espíritu Santo, ya antes del bautismo. Declara por aquí Pedro que esos gentiles fueron bautizados no como los otros fieles sino en una forma más excelente. Por tal motivo dispone un discurso con abundancia de pruebas para que no puedan decir nada, sino que tengan a los gentiles como iguales. *Y le rogaron que se quedara*. ¿Adviertes por aquí cómo aquellos judíos no trataban a Pedro con familiaridad y cuán grande celo tenían de la Ley? No reverenciaron la dignidad de Pedro, ni tuvieron en cuenta los milagros por él obrados, ni la buena obra que se veía patente por su discurso, sino que le discutían aquella otra minucia sin importancia. Cierto que si nada de lo referido hubiera tenido lugar, a ellos no les habría bastado con la buena obra.

Pero Pedro no se justifica por ese camino, pues era varón prudente. Más aún, sus palabras no procedían de humana prudencia, sino del Espíritu Santo. En toda su actuación demuestra no ser él quien se defiende, sino Dios quien lo defiende. Y casi parece decirles: Fue Dios quien hizo que yo cayera en éxtasis, pues yo con sencillez oraba; fue Dios quien me hizo ver aquel lienzo, yo en cambio lo contradecía; y también: yo aún así no obedecí. Pero *el Espíritu Santo me ordenó ir*. Y cuando fui, no iba apresurado; y declaré que Dios me enviaba, y luego ni aún así los bauticé, sino que todo lo fue haciendo Dios. En realidad no fue yo quien los bauticé, sino Dios.

Tampoco dijo: Después de todo eso, ¿acaso no convenía añadir el bautismo con el agua? Sino que, como si ya nada faltara, dice: *¿Quién era yo para oponerme a Dios?* ¡Por el cielo! ¡vaya una bella defensa! No les dijo: Ahora que ya sabéis estas cosas, estad tranquilos: sino ¿qué? Afronta la acometida, y cuando ellos lo acusan él se justifica

diciendo: *¿Quién era yo para oponerme a Dios?* Se defiende con vehemencia y mucho peso de razones. Como si dijera: Me era imposible prohibir el bautismo. Con esto finalmente llenos de pavor se mantuvieron en quietud y dieron gloria a Dios.

Conviene que del mismo modo nosotros glorifiquemos a Dios en los bienes que el hace a los prójimos, y que no prorrumpamos en insultos, como sucede con muchos de los recién iluminados, que se desatan en insultos al ver que también otros son iluminados, y en seguida mueren. Es necesario glorificar a Dios también porque a esos mismos les concede no vivir más ni permanecer acá. Tú, si quieres, habrás recibido un don mayor, no por el hecho de ser iluminado, pues esto el que muere lo tiene común contigo, sino porque se te ha dado tiempo para que ejercites las buenas obras. A ese otro, aunque vistió la estola cándida, no se le dio tiempo para hacerse notable por sus obras preclaras, mientras que a ti Dios te ha concedido la posibilidad de usar como conviene esa armadura y así tener acá experiencia de ella. El otro que muere en seguida sólo tiene la recompensa de la fe, mientras que tú quedas en el estadio y puedes recibir numerosas recompensas por tus buenas obras; y así aparecer tanto más radiante que el otro, cuanto lo es el sol respecto de la última de las estrellas, cuanto lo es el capitán más que el ínfimo soldado; o mejor dicho tanto como lo es el Rey mismo.

En consecuencia, repróchate a ti mismo. O mejor aún, no te reproches, sino más bien enmiéndate continuamente. Porque no basta con las recriminaciones cuando se puede reemprender el combate. ¿Fuiste derrocado? ¿Sufriste graves heridas? Levántate de nuevo, rehazte, aún estás en el estadio; aún están presentes los espectadores. ¿No ves cuántos, derrocados en la lucha, de nuevo emprendieron el combate? Lo único que importa es que tú mismo no te dejes caer voluntariamente: ¿Juzgas feliz al que murió? Pues mejor llámate a ti feliz. ¿Quedó él libre de los pecados? Pero tú, si quieres, no únicamente lavarás tus culpas, sino que tendrás buenas obras, cosa que aquel ya no puede hacer. Está en nuestra mano excitarnos nuevamente al combate.

Grandes remedios contiene la conversión: ¡que nadie desespere! Digno de desesperación lo es solamente el que desespera, ya que no le queda en absoluto esperanza de salvación. No es tan grave caer en el abismo de los males, como luego quedarse allí caído. No es cosa impía caer en el abismo de los males, sino, una vez caídos, tenerlo

todo en nada. Pregunto yo: ¿de modo que cuando convenía que más solícito anduvieras es cuando menos haces caso? ¿Caíste traspasado de tantas heridas? Pues bien, no hay herida del alma que sea incurable. En el cuerpo sí hay muchas incurables: en el alma, ninguna. Y sin embargo no desistimos de curar las del cuerpo con diligencia, mientras que descuidamos las del alma. ¿No has advertido en cuán breve tiempo llevó a cabo preclaras hazañas el buen ladrón? ¿No adviertes cómo los mártires en breve tiempo completaron su obra? ¿Es que ya no hay tiempos de martirios? Pero hay tiempo de combate, si queremos, como muchas veces tengo dicho. Pues dice la Escritura: *Los que quieren vivir religiosamente en Cristo, serán perseguidos*¹. Los que viven piadosamente siempre padecen persecución, si no de parte de los hombres, seguramente de parte de las potestades perversas y el demonio, persecución que es más dura aún.

Desde luego sufren esta última los que viven en desidia y no vigilan. ¿Te parece acaso persecución pequeña eso de vivir en desidia? Gravísimo es eso. Es persecución más dura y peor que la persecución corporal. La desidia torna muelle al alma, a la manera de una mala fluxión permanente. La incuria y la persecución vienen siendo como el invierno y el verano. Y para que más claro veas que esta persecución es peor, dedúcelo de lo siguiente. La desidia echa en el alma un sopor, le causa fluctuaciones, y grandes negligencias, suscita todas las pasiones, arma la presunción, arma la voluptuosidad, la ira, la envidia, la vanagloria, la emulación.

En cambio, en la persecución corporal nada de eso llega a conturbar. Al revés: el temor que se echa encima a la manera de un azote que descarga sobre un perro que ladra, impide que aun comience a gruñir. En una persecución ¿quién puede dejarse llevar de la vanagloria? ¿quién va a vivir entregado a los placeres? ¡Nadie! Hay entonces temores y miedos grandes pero que causan suma tranquilidad, preparan un puerto con un cielo azul, y tornan piadosas las almas. Escuché en alguna ocasión de boca de nuestros prelados lo que no deseo que suceda en nuestros días, pues se nos ordena no pedir la tentación; y fue que antes, cuando había persecución, se veían varones verdaderamente cristianos. Ninguno se cuidaba de las riquezas, ni de la esposa, ni de los hijos, ni de la familia, ni de la patria: ¡todos no tenían otra preocupación que salvar el alma!.

Unos se ocultaban en los sepulcros y tumbas; otros en los desiertos. Y no sólo los varones sino también las mujeres tiernas y delicadas se ocultaban entonces, luchando con el hambre perpetua. Piensa lo

que era una mujer ocultándose en un sepulcro y esperando que su sierva le llevara la cena, temerosa de ser capturada. Sentada se hallaba en la tumba como en mitad de un horno. Piensa si acaso tendría algún anhelo de galas o de placeres, o si acaso pensaba siquiera en que tales placeres existen, ni en que hubiera mundo y orbe de la tierra.

¿Advertes sin embargo cómo hay mayor persecución cuando nos acometen las pasiones a la manera de feroces bestias? Por cierto que actualmente hay una ruda persecución, al mismo tiempo en que se piensa que no hay persecución. Esta guerra tiene eso de gravísimo; ¡nadie teme, nadie tiembla! Si no lo creéis, preguntad a los mismos perseguidores gentiles cuándo iba mejor la vida cristiana y cuándo los cristianos se mostraban más preclaros. Eran éstos entonces menores en número, pero había tesoros grandes de virtudes. Y pregunto: ¿qué utilidad se saca de que abunde el heno cuando es posible poseer piedras preciosas? Todo se estima, no por la cantidad, sino por el valor y brillo de las virtudes.

Un solo Elías había, y el mundo no era digno de él; y eso que el mundo abarcaba muchos miles de hombres. Pero a la verdad, no son miles cuando no pueden equipararse ni a uno solo. *Mejor es uno que hace la voluntad de Dios que mil perversos.* Y lo mismo da a entender el sabio al decir: *No anheles muchedumbre de hijos impíos* ². Semejantes cristianos más suscitan blasfemias contra Dios que si no fueran cristianos. ¿Para qué necesito yo de la muchedumbre? No sirve sino para más abundante alimento del fuego. Aun en las cosas corporales lo conocerás. Así mejor es el alimento moderado con salud, que placeres con dolor. Aquello alimenta más; aquello es de verdad alimento; eso otro es enfermedad. Y lo mismo verás en las guerras. Mejores son diez guerreros valerosos y peritos en el combate que infinitos sin pericia. Pues éstos, aparte de que nada hacen, impiden a los que de verdad hacen. Y lo mismo es en una nave: mejores son dos marinos peritos que toda una turba de inhábiles: éstos pronto echarán a pique la embarcación.

Y no digo esto porque me falte amor a vuestra multitud, sino que quisiera que todos fuerais virtuosos y que no os fiarais de vuestro número. Muchos más son los que van a la gehenna; pero mucho más valen los que van al Reino, aun cuando cuente con pocos. La multitud del pueblo era como la de las arenas del mar, pero fue uno solo el que la salvó. Uno era Moisés y pudo más que todos. Uno era Josué y pudo más que seiscientos mil. Procuremos no únicamente que sean muchos los cristianos, sino —y mucho más— que sean preclaros. Cuando sean

preclaros luego serán muchos en número. Nadie intenta al edificar una casa que antes que nada sea espaciosa y amplia, sino que procura en primer lugar que esté firme y sea resistente y en segundo lugar que sea espaciosa; puesto que nadie pone tales fundamentos que luego sea objeto de burla.

Busquemos primeramente ser preclaros cristianos y en segundo lugar ser muchos: si lo primero se consigue, ya lo segundo será fácil. Pero si aquello primero no se consigue, aun cuando haya lo segundo, no tiene utilidad. Si en la Iglesia hay cristianos esclarecidos, pronto crecerá el número: pero si éstos faltan, nunca habrá una multitud que sea de buenos cristianos. ¿Cuántos pensáis que habrá en nuestra ciudad que se salven? Molesto es lo que voy a decir, pero no dejaré de decirlo. Pregunto: ¿cuánta maldad hay entre los jóvenes? ¿cuánta desidia entre los ancianos? Nadie tiene el debido cuidado en la educación de los hijos; no hay quien viendo a un anciano virtuoso trate de imitarlo. Los hombres modelos se han acabado. De aquí que tampoco los jóvenes sean preclaros.

No me digas: somos una multitud ingente. Eso es propio de hombres desidiosos. Puede eso tenerse en cuenta acá entre los hombres; pero acerca de Dios, que no necesita de nosotros, no puede tenerse en cuenta. Mas que aun respecto de los hombres, esa palabra *multitud* sea una palabra desabrida, óyelo. Quien tiene una turba de siervos, si éstos son malvados, ¿qué de males no sufrirá? Al que no tiene siervo alguno le parece cosa dura no tenerlos; pero el que tiene muchos y perversos va a la ruina juntamente con ellos, y así es mayor el daño que no tenerlos. Más pesado es andar luchando y combatiendo contra muchos criados que no el tener que servirse uno a sí mismo.

Digo estas cosas para que nadie admire las multitudes en las iglesias, sino que procuremos hacer que la multitud sea preclara, y que cada cual se empeñe en lo que le toca; y atraiga no solamente a los amigos, como muchas veces lo he repetido, ni a solos los parientes, ni a solos vecinos, sino a todos. Por ejemplo: se hace oración, y allí están los jóvenes todos y los ancianos sin fervor, y son más bien inmundicia que jóvenes, pues se ocupan en risotadas, chistes y cuentos. Pues bien tú que te hallas presente, joven o anciano, repréndelos, si así los ves, fustígalos con mayor acritud; y si no lo soportan, llama al diácono, amenázalos, haz lo que esté en tu mano; si en algo se atreven contra ti, tendrás ciertamente muchos que te ayuden.

¿Quién hay tan falto de razón que al ver cómo los reprendes y cómo ellos son reprendidos, no se ponga de tu parte? Regresa a tu

casa llevando el fruto de la oración. Aquí, en la casa del Señor, estimamos como mejores criados a los que no permiten que haya cosa alguna fuera de su lugar. Si vieras en esta casa algún objeto de plata abandonado por allí afuera, aun cuando no tuvieras el oficio, ¿acaso no lo restituirías a su sitio? Si vieras un vestido tirado en el suelo, aun cuando no estuviera a tu cuidado y aunque aborrecieras al que de él tiene el encargo, ¿acaso no cuidarías, por benevolencia con el dueño, de volvérselo debidamente? Pues bien, procede acá del mismo modo.

Esos jóvenes y esos ancianos son los objetos de la casa del Señor. Si notas que están por allí sin la debida compostura, ponlos en orden; acércate a mí, no lo rehuso; dímelo, ponme al tanto. Yo no puedo verlo todo... ¡Perdonad! ¡pero ved cuánta perversidad hay en el mundo! ¿Acaso sin motivo decía yo que somos un montón de heno y un mar alborotado? Ved que yo no afirmo obrar ellos así. Pero sí que quienes entran, con tanto sueño están, con tanta desidia van cargados, que ya de nada se corrigen.

Veo a otros que están por allí de pie y platicando mientras se hace oración; y los otros —¡sin duda los más molestos! ¿no?— proceden así aun mientras el sacerdote bendice. ¡Oh audacia! ¿Cuándo habrá salvación? ¿cuándo podremos aplacar la ira de Dios? Si vas a los juegos, verás que todos danzan siguiendo bellamente el ritmo y que nada se descuida. Pues así como en la lira perfectamente concertada y afinada en forma varia, de ese buen orden resulta una sinfonía, así conviene que acá resulte una bella armonía concertada y única de entre todos.

Somos una única Iglesia, somos miembros convenientemente dispuestos de una cabeza, formamos un solo cuerpo: si una sola cosa se descuida, todo el conjunto se descompone. El desorden de uno solo echa por tierra el recto orden de muchos. Pero lo tremendo en nuestro caso es que no vienes acá a danzas y bailes mundanos; y sin embargo ¿te presentas con desorden? ¿Ignoras que estás en compañía de los ángeles? Con ellos cantas, con ellos elevas los himnos ¿y te pones a reír? ¿No es acaso cosa de admirarse que no se lancen rayos de lo alto, no solamente contra éstos, sino contra todos nosotros? Porque tales cosas dignas son de castigarse con rayos.

Presente está el Rey; contempla todo el ejército, ¿y mientras ellos te miran, tú estás riendo o permites que el otro se ría? Pero ... ¿hasta cuándo estaremos increpando? ¿hasta cuando reprendiendo? ¿Acaso no habría sido conveniente arrojar de la iglesia a semejantes hombres como pestíferos, como corruptores, como corrompidos, como perniciosos, como cargados de males sin cuento? ¿Hasta cuándo se absten-

drán de reír esos que en el más tremendo momento del sacrificio están riendo? ¿Cuándo cesarán en sus chistes y bromas esos que al tiempo de la bendición están charlando? ¿No les da pena a causa de quienes se hallan presentes? ¿No temen a Dios? ¿No nos basta con la desidia de la mente, ni nos basta con andar distraídos y divagando al tiempo de la oración, para que incluso interpongamos risas y grandes carcajadas?

¿Son acaso los misterios representaciones teatrales? Yo por mi parte me persuado de que esto trae su origen del teatro, pues éste a muchos los torna desenfrenados y descompuestos. Lo que aquí nosotros edificamos, allá en el teatro se destruye. Pero no es éste el único efecto, sino que necesariamente se repletan de otras inmundicias los que allá acuden. Sucede como si alguno quisiera limpiar su barbecho; pero le envía una fuente desde un sitio más alto una lluvia de lodo: pues mientras quitas un lodo llega otra oleada de barro. Eso es lo que aquí sucede. Una vez que los hemos purificado de las inmundicias que trajeron del teatro y metieron acá, vueltos de nuevo al teatro regresan con mayores inmundicias. Y van llevando una vida tal como si de propósito quisieran molestarnos.

Regresan acá cargados de abundante estiércol en sus costumbres, en sus movimientos, en sus palabras, en sus risas, en su desgana de lo espiritual. Y nosotros de nuevo cavamos, como si también caváramos de propósito para enviarlos purificados y recibirlos de nuevo cargados de cieno. En consecuencia, a semejantes hombres yo los abandono a Dios. Y a vosotros, los que estáis sanos, os testifico desde ahora que tendréis juicio y condenación si veis a algunos así descompuestos proceder, especialísimamente si los veis en los tiempos dichos charlando, y no los corregís ni los amonestáis. Hacerlo será una obra más excelente que la misma oración. ¡Interrumpe la oración y repréndelos! A ellos les aprovechará y también tú tendrás tu ganancia.

Así podremos todos conseguir la salvación y el Reino de los Cielos. Ojalá nos acontezca a todos disfrutarlo, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Tim. III, 12.
2. Eccli. XVI, 3.

HOMILIA XXV

Ahora bien, aquellos que fueron dispersados con ocasión de la persecución sobrevenida por lo de Esteban recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica a los judíos.

(Hechos XI, 19)

NO AYUDÓ POCO a la predicación la persecución. Dice la Escritura: *Todo colabora al bien de quienes aman a Dios* ¹. Si los enemigos de la Iglesia se hubieran propuesto propagarla, no habrían procedido de modo diverso. Me refiero a la dispersión de los doctores y maestros. Advierte hasta dónde se extendió la predicación. Pues dice Lucas: *Recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica a los judíos. ¿Adviertes cómo todo lo que sucedió cuando lo del centurión Cornelio fue cosa providencial? Ayudó a la defensa de Cristo y a la acusación contra los judíos. De modo que cuando fue muerto Esteban, cuando Pablo estuvo dos veces en peligro de muerte, cuando los Apóstoles fueron azotados, cuando con frecuencia fueron expulsados de las ciudades, entonces fue cuando, recibieron en la Iglesia a los gentiles y a los samaritanos. Es lo que Pablo clama diciendo: Era necesario anunciar la palabra de Dios primero a vosotros; pero dado que vosotros la rechazáis y os juzgáis indignos, ved que nos volvemos a los gentiles* ².

Recorrieron, pues, esas regiones y predicaban a los gentiles algunos varones. *Había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses que llegados a Antioquía predicaron también a los griegos, evangelizándoles al Señor Jesús. La mano del Señor estaba con ellos. Y fueron en gran número los que se convirtieron y creyeron en el Señor Jesús. Observa que predicán el Evangelio a los griegos. Es verosímil que supieran el idioma heleno y que en Antioquía hubiera muchos que*

igualmente lo supieran. Dice Lucas: *Y la mano del Señor estaba con ellos*. Es decir que hacían milagros. ¿Adviertes cómo también acá los milagros tenían por objeto que los incrédulos creyeran?

Llegó a oídos de la Iglesia de Jerusalén la noticia de estos sucesos y enviaron a Bernabé a Antioquía. ¿Por qué, pues una ciudad tan importante abrazaba la fe y el Evangelio, no fueron allá personalmente los Apóstoles, sino que enviaron a Bernabé? Fue a causa de los judíos. Pero, en cambio, un gran acontecimiento se lleva a cabo, pues Pablo por este camino va a Antioquía. Y los judíos no lo rechazan por un motivo muy providencial: para que no quedara encerrada y reclusa aquella voz del Evangelio y trompeta de los Cielos en la ciudad de Jerusalén.

¿Adviertes cómo en todas partes aprovecha Cristo, en cuanto es necesario, las maldades de los judíos, en la forma que El quiere? Así lo hizo respecto del odio que a Pablo profesaban, para la fundación de la Iglesia entre los gentiles. Pero también considera cómo este otro varón santo (me refiero a Bernabé) no atiende a sus propios intereses, sino que corre a Tarso de Cilicia. *Cuando Bernabé llegó y vio la gracia de Dios se regocijó; y los exhortó a todos a permanecer fieles al Señor con firme corazón. Porque era varón bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe. Y se adhirió al Señor una gran muchedumbre. Entonces fue él a Tarso en busca de Pablo. Y luego que lo encontró lo condujo a Antioquía*. Era Bernabé un varón excelente, sencillo y amigo de Pablo. Por esto se dirigió al atleta, al caudillo, al combatiente en retos singulares, al león... Pero no se qué decir, pues cuanto diga es inferior a la dignidad de Pablo.

Vino Bernabé al perro de caza, al matador de leones, al toro esforzado, a la lámpara resplandeciente, a la boca capaz de dirigirse al orbe entero. Con razón los fieles de Antioquía recibieron el nombre de cristianos, pues por tan largo tiempo permaneció Pablo en ella. *En aquella iglesia convivieron todo un año y adoctrinaron a una copiosa multitud. Y fue en Antioquía en donde primeramente los discípulos comenzaron a ser llamados cristianos*. No es pequeña esta alabanza para la ciudad. Y delante de todos puede alegarse que fue ella la primera que disfrutó de tan grande elocuencia y por tanto tiempo. De manera que por tal motivo los fieles allí por primera vez recibieron el nombre de cristianos.

¿Adviertes a qué cumbres levantó Pablo esta ciudad y la tornó más esclarecida? Obra fue de Pablo. En aquella otra, en la que creye-

ron tres mil y cinco mil, no sucedió esto: allá tan sólo se decían seguidores; acá se llamaron cristianos. *Por aquellos días bajaron unos profetas de Jerusalén a Antioquía.* Puesto que convenía plantar acá el árbol de la limosna y recoger sus frutos, con razón útilmente se provee que vengan los profetas. Considera cómo ninguno de los preclaros fue maestro ni doctor de los antioqueños. Sus maestros fueron chipriotas, cirenenses y Pablo, aunque éste a todos los superó; así como Pablo había tenido por maestros a Bernabé y Ananías. Pero no por esto fue menor, pues su verdadero Maestro era Cristo. *Y levantándose uno de ellos, de nombre Agabo, predijo, inspirado por el Espíritu Santo, que iba a sobrevenir una gran hambre sobre toda la tierra; la que sobrevino bajo el imperio de Claudio.*

Indica aquí que necesariamente habría una gran hambre; la que sobrevino tal como se había predicho. Para que no creyeran que el hambre había sobrevenido a causa de la llegada del cristianismo por haberse retirado los Genios, el Espíritu Santo anuncia lo que sucederá, así como Cristo predijo muchas cosas que luego acontecieron. Ni vino el hambre porque así conviniera desde el principio que sucediera, sino a causa de los males infligidos a los Apóstoles. Mientras se les causaban, Dios por un tiempo sufría con paciencia; pero como continuaran los judíos en causarles daños, finalmente sobrevino aquella hambre como prenuncio de los males que iban a descargar sobre los judíos.

Ahora bien, aunque el hambre era a causa de los judíos, convenía en bien de los otros que cesara. ¿Qué mal habían hecho los helenos para que les tocara parte en esa hambre? Si pues no convenía que cesara teniendo en cuenta a los judíos, lo conveniente era que por ella se tornara más esclarecidos, ya que ponían todo su empeño en matar, castigar, golpear y perseguir en todas partes. Considera también cuándo vino a suceder esta hambre, o sea cuando ya los gentiles habían sido recibidos en la Iglesia.

Dirás que si el hambre vino por los males causados, lo conveniente era que los fieles quedaran exentos de ella. Mas entonces, ¿cómo es que Cristo les había predicho: *En el mundo tendréis tribulación?*³ Tú que propones esta objeción quizá también añadas que no convenía que los Apóstoles fueran azotados. Pero advierte cómo a los fieles el hambre les ayudó para su salvación: fue ocasión de las limosnas y trajo muchos otros bienes; como también los hubiera traído para vosotros si hubierais querido, pero no quisisteis. También se les predice

el hambre por otro motivo, o sea para que estén más preparados a dar limosna, pues sufrieron muchos los que permanecieron en Jerusalén, mientras que anteriormente no padecían hambre. Entonces enviaron a Pablo y a Bernabé para que llevaran los auxilios. *Y los discípulos enviaron cada cual según sus recursos. ¿Adviertes cómo ellos en cuanto creyeron al punto lograron el fruto; y esto no solamente los que vivían cerca sino también los que vivían lejos?*

Paréceme que aquí se dice lo que Pablo en otro lugar: *Nos alargaron la mano a mí y a Bernabé; y solamente que no olvidáramos a los menesterosos* ⁴. ¡Tantos bienes trajo el hambre! Observa cómo ellos no prorrumpieron en lágrimas y llantos a causa del hambre, como hacemos nosotros, sino que se entregaron a una buena obra, pues así predicaban con mayor libertad la palabra. Tampoco dijeron: Nosotros, chipriotas y cirenenses, vamos a acometer por nuestra cuenta a esta ciudad magnífica y grande, sino que confiados en la Gracia de Dios, emprendieron el adoctrinamiento; y los otros no se desdijeron de aprender algo de tales maestros.

Observa cómo de pequeños principios se lleva adelante la obra toda, se extiende la predicación, y piensan y sienten igual los que viven en Jerusalén y todos los otros; hasta el punto de que el orbe entero parecía una morada única. Habían oído que los de Samaria habían recibido el Evangelio, y enviaron allá a Pedro y a Juan; oyeron lo sucedido en Antioquía, y envían allá a Bernabé. Esos sitios distaban de Jerusalén, y no era conveniente aún que los Apóstoles se separaran de ella con el objeto de no parecer que huían y desamparaban a los suyos. Sólo se separaron cuando ya fue necesario; cuando ya se vio que los judíos eran insanables; cuando por estar ya inminente la guerra, ellos habrían perecido; cuando, en fin, se dio la sentencia. Porque ellos permanecieron allí hasta que Pablo fue a Roma. No salieron de Jerusalén porque tuvieran temor a la guerra. ¿Cómo puede decirse que la temieran cuando se lanzaban en medio precisamente de los que iban a cercar la ciudad?

Por otra parte, la guerra se declaró cuando ya habían muerto los Apóstoles. Entonces se cumplió en los judíos lo que estaba predicho: *Está por llegar sobre ellos el castigo final* ⁵.

De manera que cuanto menos brillaban ellos en Antioquía, tanto más brillaba la Gracia obrando grandes cosas por medio de instrumentos pequeños. Pero repitamos ya lo anterior. *Los exhortó a todos a permanecer fieles al Señor, porque era varón bueno.* Paréceme que

bueno tiene aquí el sentido de sencillo, no fingido y que grandemente anhelaba la salvación del prójimo. Y no sólo era bueno, sino que estaba lleno de Espíritu Santo y de fe. Por lo cual, de corazón los exhortaba a todos, o sea con encomios y alabanzas.

Considera cómo esta ciudad, a la manera de un suelo fecundo, recibió la semilla y produjo abundante fruto. Mas ¿por qué fue Bernabé a llamar a Pablo y lo condujo acá? No fue sin motivo, sino porque acá había buena esperanza de fruto y la ciudad era más populosa y había acá una gran multitud. ¿Observas cómo todo lo va obrando la Gracia y no Pablo? ¿Ves cómo todo comenzó con humildes principios? ¿Ves cómo Bernabé fue enviado cuando ya la obra resplandecía? ¿Por qué no lo enviaron inmediatamente? Porque tenía Bernabé a su cargo cosas muy importantes; y por otra parte, tampoco querían dar motivos a los judíos de acusarlos por recibir en la Iglesia a los gentiles; y esto aun habiendo precedido el caso de Cornelio, pues necesariamente se hallaban mezclados y tenía que haber discusiones entre ellos. Y aun ahora dicen: así como nosotros somos para los gentiles, así ellos para los circuncidados. Advierte cómo la necesidad impuesta por el hambre llevó consigo la comunicación con esas gentes de los enviados a Jerusalén.

Reciben los de allá limosnas de parte de los de acá, que no soportaban como nosotros las calamidades con llantos, sino con mayor seguridad, por hallarse lejos de quienes pudieran impedir la palabra y por vivir entre hombres que no temían a los judíos: cosa que no poco ayudaba. Y fueron hasta Chipre, en donde había plena seguridad y libertad mayor. *A nadie anunciaban la palabra, sino sólo a los judíos.* Y no era por temor a los hombres, pues de esto no hacían caso, sino por guarda de la Ley y tolerando todavía a los judíos. *Había entre ellos algunos chipriotas y cirenenses.* Estos sobre todo para nada se cuidaban de los judíos. *Y éstos predicaron también a los helenos, evangelizándoles al Señor Jesús.* Quizá los llamaban griegos porque no sabían el hebreo.

Cuando llegó Bernabé y vio la Gracia de Dios, no la humana diligencia, los exhortaba a permanecer fieles al Señor. Convirtió a muchos, quizá porque los alababa y aprobaba sus procederes. ¿Por qué no le escriben a Pablo, sino que le envían a Bernabé? Aún no conocían su virtud; por lo cual determinaron que solamente Bernabé fuera hasta Antioquía. Como la multitud era grande y nadie ponía obstáculos, fácilmente germinó la fe; en especial porque no padecían

prueba alguna. Además por ser Pablo quien predicaba y no verse él obligado a huir. Razonablemente no predicen ellos el hambre, sino los profetas, con el objeto de no parecer molestos a los antioqueños. Podemos admirarnos de que los antioqueños no se indignaran ni se sintieran despreciados, sino que estuvieran contentos con sus maestros; pero esto sucedía por el fervor con que se aplicaban a escuchar la palabra. Entonces ellos sin esperar a que llegara el tiempo del hambre, enviaron sus limosnas, cada cual según sus posibilidades.

Advierte cómo entre los Apóstoles, son a otros a quienes se les cargan negocios de tal naturaleza, mientras que acá se escoge a Pablo y a Bernabé. Y no sin grave motivo se hacía esto. Por otra parte, eran los comienzos, y convenía no escandalizar. Actualmente nadie procede así, a pesar de que hay una hambre más cruda que aquélla. Porque no es lo mismo sufrir una calamidad común, a que sean únicamente los pobres los que andan humillados, en tanto que todos los demás gozan de abundancia. En aquella ocasión el hambre era general y los que daban limosnas eran pobres, puesto que dice Lucas: *Cada cual daba según sus posibilidades*. Acá, en cambio, padecemos doble hambre, así como hay doble abundancia.

Hay grave hambre, pero no de oír la palabra sino de recibir de limosna el alimento. En aquel tiempo tanto los pobres que había en Judea como los que enviaban limosnas desde Antioquía, disfrutaban de un bien, aunque más lo disfrutaban los antioqueños que los judíos. Acá, en cambio, tanto nosotros como los pobres, todos andamos hambrientos: los pobres porque no tienen el alimento necesario; nosotros porque se nos escasea la misericordia de Dios. Y nada hay más necesario que este alimento. En esta clase de alimento no se padecen los males que de la hartura suelen provenir, ni se echa al excusado la mayor parte de él. Nada hay más bello ni más sano que el alma que de él se nutre. Ella está por encima de toda enfermedad, de toda hambre corporal, de toda indisposición, de todo malestar. Nadie la puede secuestrar. Así como a un cuerpo diamantino es incapaz el hierro ni otra cosa alguna de hacerle daño, así tampoco puede cosa alguna dañar al alma fortalecida con la limosna.

Pregunto yo: ¿qué podría jamás dañarla? ¿La pobreza? De ningún modo, puesto que vive en las regias despensas. ¿Acaso un ladrón o un ratero? Nadie puede perforar aquellas paredes. ¿Acaso los gusanos? Pero este tesoro es superior a toda ruina. ¿El temor y la envidia? No pueden alcanzarla. ¿Las falsas acusaciones y las asechanzas? Tampono

co, porque es un tesoro inasible. Pero sería conveniente presentar sólo los bienes que tiene consigo la limosna y pasar en silencio sus contrarios. Porque la limosna no sólo se encuentra libre de toda envidia, sino que además disfruta de las abundantes bendiciones de quienes la reciben. Así como los crueles e inhumanos no únicamente se hacen enemigos de aquellos a quienes dañan, sino además de cuantos se compadecen de los dañados, y los acusan de inhumanos, así quienes han dispensado grandes beneficios son alabados no únicamente de quienes los reciben, sino también de muchos otros.

Mas ¿qué digo libres de la envidia? También lo están de los que ponen asechanzas, de los ladrones, de los perforadores de paredes. Y no es éste el único bien de la limosna, sino que además los haberes no se disminuyen, pues al revés se aumentan y crecen. ¿Quién más repugnante, repulsivo, inicuo que Nabucodonosor? Era un hombre impío: vio mil señales, mil prodigios, pero no quiso convertirse, sino que echó al horno a los siervos de Dios, aunque después los reverenció. Y ¿qué le dice el profeta? *Oh Rey: acepta mi consejo. Redime tus pecados mediante las limosnas, y tus impiedades con misericordias para con los pobres. Quizá tengan perdón tus pecados* ⁶.

No habló así porque dudara (pues estaba perfectamente persuadido de ello), sino para ponerle mayor temor y más obligarlo a proceder con misericordia. Si Daniel se lo hubiera dicho en forma afirmativa, el Rey se habría tornado más negligente. También nosotros apuramos más a algunos cuando les decimos: Exhortad a fulano, pero no añadimos que ese fulano con toda certeza les hará caso, sino que decimos que tal vez los escuchará. Con esa duda nace el temor y éste empuja con más fuerza a exhortar. No hay pecado que no pueda purificar la limosna y borrarlo. Todo pecado es menor que ella: ella es apto remedio para cualquier úlcera.

¿Quién peor que aquel publicano? Oficio es éste que da ocasión a toda iniquidad; y sin embargo, con la limosna Zaqueo purificó toda la suya. ¿Adviertes cómo lo declara Cristo cuando cuidó de tener bolsa común y llevar en ella las cosas que depositaban? Pablo a su vez dice: *Solamente que nos acordemos de los pobres* ⁷. Y en las Escrituras con frecuencia se trata esta materia. Así dice: *las riquezas propias son el precio del alma del varón* ⁸. Y Cristo dice: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme* ⁹. Esta es la verdadera perfección.

Por lo demás la limosna se ejercita no únicamente con los dineros, sino también con las obras. Por ejemplo: podemos patrocinar a otros,

podemos darles la mano. Muchas veces mejor salvará el patrocinio que el dinero. ¡Ea, pues! traigamos ahora a cueto todos los géneros de limosnas. ¿Puedes hacerla con dinero? No tardes. ¿Puedes mediante el patrocinio? No te disculpes con que no tienes dineros: eso nada significa. Grande cosa es patrocinar: quedarás gozoso como si hubieras dado dinero. ¿Puedes ayudar prestando un servicio? Hazlo. Por ejemplo: ¿eres por tu arte un médico? Cura a los enfermos: gran cosa es también ésta. ¿Puedes ayudar con el consejo? Esto es lo mejor y más excelente y tiene la mayor ganancia. Por este camino no echas fuera el hambre, sino una muerte gravísima.

Llenos estaban de este bien los Apóstoles; y por tal motivo encomendaban a sus inferiores la distribución de los dineros, mientras ellos ayudaban con la palabra. ¿Piensas acaso ser pequeña limosna el poder librar de su enfermedad a una alma angustiada y que anda en extremo peligro, enredada en el ardor de la fiebre? Pongo el caso. ¿Vas a visitar a un amigo aprisionado por la avaricia? Compadécete de él. ¿Se anda asfixiando? Apágale ese fuego. Dirás: pero ¿y si no hace caso? Tú haz lo que está de tu parte y no seas desidioso. ¿Ves que está encadenado? Porque los dineros son auténticas cadenas. Vísitalo; ve a su casa, consuélalo, esfuérzate en quitarle la cadena. Si no quiere, la culpa es suya. ¿Ves a otro desnudo y peregrino? Desnudo y peregrino es en verdad respecto del Cielo quien no cuida de seguir el recto camino. Recíbelo en tu posada, vístelo con las vestidura de la virtud; procúrale la ciudad del Cielo.

Dirás: pero ¿y si yo mismo ando desnudo? Pues primeramente procura vestirme a ti mismo. Si ya conoces que andas desnudo, también conoces ya perfectamente que debes vestirme. Y si conoces de qué clase es esa desnudez, podrás también conocer la clase de vestido que necesitas. ¡Cuántas mujeres llevan vestidos de seda, pero van totalmente desnudas de la vestidura de la virtud! Pues que sus esposos les procuren tales vestiduras. ¿Es que ellas no admiten semejantes vestiduras sino aquellas otras? Pues comienza por aquí: infúndeles el anhelo de tales vestiduras. Demuéstrales que van desnudas; háblales del juicio futuro. Diles: ¡de otros vestidos necesitas y no de éstos!

Si me lo soportáis, os demostraré su desnudez. El que anda desnudo, en el tiempo del frío anda rígido y tiembla y tiene contraídos sus miembros y los brazos encogidos. No así en el verano. Ahora bien, si os demuestro que los ricos, hombres y mujeres, tanto andan más desnudos cuanto más se cargan de vestidos, no os molestéis. os pre-

gunto, pues: cuando hablamos de la gehenna y de aquellos tormentos ¿acaso no son ellos los que más tiemblan y quedan yertos, más que los desnudos del cuerpo? ¿No lloran amargamente y condenan sus propios procederese? ¿Acaso cuando se acercan a otro y le dicen: Ruega a Dios por mí, no usan de las mismas expresiones que aquellos otros desnudos?

Pero, en fin, aun cuando hayamos dicho muchas cosas, aún no queda suficientemente de manifiesto su desnudez. Pero allá en la vida futura sí estará manifiesta. ¿Cómo y de qué manera? Cuando perdidos y dejados acá todos esos vestidos y piedras preciosas, se vean todos cubiertos únicamente con el vestido de sus virtudes o de sus vicios; cuando los pobres se presenten cubiertos de gloria grande; y los ricos, desnudos y vergonzosos y arrastrados a los tormentos. ¿Quién había más delicado que el rico Epulón? Se vestía de púrpura. ¿Quién más pobre que Lázaro? Pues bien: ¿cuál de los dos era el que profería palabras de mendigo y cuál el que vivía como en plena abundancia allá en la otra vida?

Si alguno adornara su casa con muchos cortinajes, pero él viviera allá dentro desnudo, ¿qué ganaría? Pues eso les acontece a las mujeres: arreglan la casa de su alma que es el cuerpo con cantidad de adornos, pero allá en su interior la señora de la casa permanece desnuda. Prestadme los ojos del alma y os mostraré la desnudez del alma. ¿Cuál es el vestido del alma? La virtud. ¿Cuál es la desnudez del alma? La perversidad. Si alguno despoja de sus vestidos a un hombre libre, éste se ruboriza, se encoge, huye. Del mismo modo, si queremos contemplar al alma no ceñida con esas vestiduras que son las que actualmente, avergonzadas de sí mismo, se lanzan al abismo, como buscando allá un velo que las cubra, como si después no hubieran de oír aquellas terribles palabras del severo Juez? En cambio, las que no tienen conciencia de semejante pecado, se gozan y se deleitan y se glorían de la sentencia del Juez.

Oye lo que se cuenta de la bienaventurada Tecla. Por ir a ver a Pablo repartió sus dineros. Y tú, en cambio, para ver a Cristo, ¿no das ni un óbolo? ¡Admiras los hechos de esa doncella, pero no los imitas! ¿No oyes cuán bienaventurados se llama a los misericordiosos? Dice Cristo: *Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia* ¹⁰. ¿Qué ganancia se saca de los vestidos preciosos? ¿Cuándo por fin anhelaremos aquel otro vestido? Revistámonos de la gloria de Cristo; ciñámonos de su hermosura, para que así seamos

alabados allá arriba y consigamos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean juntamente al Padre en unión del Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Rom. VIII, 28.
2. Hechos XIII, 46.
3. Juan XVI, 33.
4. Gálat. II, 9-10.
5. I Tesal. II, 16.
6. Dan. IV, 24.
7. Gálat. II, 10.
8. Prov. XIII, 8.
9. Mat. XIX, 21.
10. Mat. V, 7.

INDICE

<i>Homilía XIII.</i> Entonces, levantándose el Sumo Sacerdote y todos los que lo rodeaban, se llenaron de envidia. Y prendieron a los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. (Hechos V, 17)	3
<i>Homilía XIV.</i> Entonces se levantó en el Sanedrín un fariseo, por nombre Gamaliel, doctor de la Ley, de gran prestigio ante todo el pueblo; y ordenó sacar fuera un momento a aquellos hombres. (Hechos V, 34).....	14
<i>Homilía XV.</i> Esteban, lleno de gracia y de poder, obraba milagros y prodigios grandes en presencia del pueblo. (Hechos VI, 8).....	26
<i>Homilía XVI.</i> Y le habló Dios de esta manera, diciendo: Que su descendencia será forastera en país extranjero y los esclavizarán y los vejarán durante cuatrocientos años. Pero Yo, dice el Señor, castigaré a la nación a la cual servirán. Y tras esto saldrán y me rendirán culto en este lugar. (Hechos VII, 6-7)	37
<i>Homilía XVII.</i> A este Moisés, al que repudiaron diciendo: ¿Quién te ha constituido juez y jefe? a éste envió Dios como jefe y libertador, con el auxilio del Angel que se le apareció en la zarza. (Hechos VII, 35)	48
<i>Homilía XVIII.</i> Al oír esto sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra él. (Hechos VII, 54)	
<i>Homilía XIX.</i> El ángel del Señor habló así a Felipe: “Levántate y toma en dirección del mediodía el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es un camino solitario”. Y él se levantó y se puso en camino. (Hechos VIII, 26)	58
<i>Homilía XX.</i> Vivía en Damasco un discípulo, por nombre Ananías; y le dijo el Señor en visión: ¡Ananías! El res-	71

pondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor a él: Levántate y ve pronto a la calle llamada Recta, y pregunta en la casa de Judas por uno que se llama Saulo, de Tarso: pues está en oración. Y vio Saulo en visión a un varón, de nombre Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrarla la vista. (Hechos IX, 10-12)	84
<i>Homilía XXI.</i> Habiendo llegado Pablo a Jerusalén, intentaba juntarse con los discípulos. Pero todos desconfiaban de él; y no creían que fuese discípulo. Entonces Bernabé lo tomó y lo presentó a los Apóstoles y les refirió cómo en el camino había visto al Señor. (Hechos IX, 26-27)	94
<i>Homilía XXII.</i> Vivía en Cesárea un varón de nombre Cornelio, centurión de la cohorte llamada Itálica, religioso y temeroso de Dios, como toda su familia. Hacía muchas limosnas al pueblo; y hacía continua oración a Dios. Al derredor de las tres de la tarde tuvo una visión. A plena luz se le apareció un ángel de Dios que se le acercó y le dijo: ¡Cornelio! Este, mirándolo atentamente y lleno de temor, le dijo: ¿Qué hay, Señor? Le dijo aquél: Tus plegarias y limosnas han subido como sacrificio memorial al trono de Dios. (Hechos X, 1)	105
<i>Homilía XXIII.</i> Al día siguiente Pedro se levantó y partió con ellos. Y algunos de los hermanos de Jope fueron con él a Cesárea. Cuando habiendo convocado a sus parientes y amigos íntimos, los esperaba. (Hechos X., 23-24)	115
<i>Homilía XXIV.</i> Estaba aún Pedro pronunciando este discurso, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la predicación. Y se maravillaron los fieles procedentes de la circuncisión que habían venido con Pedro de que también sobre los gentiles se hubiera difundido la gracia del Espíritu Santo, pues los oían hablar en lenguas y glorificando al Señor. (Hechos X, 44-46)	126
<i>Homilía XXV.</i> Ahora bien, aquellos que fueron dispersados con ocasión de la persecución sobrevenida por lo de Esteban recorrieron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, aunque sólo anunciaban la palabra evangélica al los judíos. (Hechos XI, 19)	137